

Filo de la noche

por Dave Kosak

CORONA DE HIELO

Sylvanas Brisaveloz se desplaza por un mar de bienestar, la pureza de la emoción reemplaza las sensaciones físicas. Puede tocar la felicidad, ver la alegría, oír la paz. Esta es la vida después de muerte, su destino. El mar eterno en el que se encontró después de caer en la batalla, mientras defendía Lunargenta. Este es su sitio. Con cada recuerdo, su memoria sobre este lugar se empaña. El sonido se aleja; el calor, se enfría. La visión toma la palidez de un sueño recordado a medias. Pero con aterradora claridad, el recuerdo siempre acaba igual: el espíritu de Sylvanas siente cómo lo arrancan de allí. El dolor es tan intenso que deja su alma rota para siempre. El complacido rostro de Arthas Menethil, con su sonrisa ladeada y sus ojos muertos, la mira con malicia al tirar de ella para devolverla al mundo. Se siente mancillada. ¡Su risa, esa risa hueca, tan solo recordarla le enerva la piel!

* * *

—¡Hijo de perra! —vociferó Sylvanas, dándole una patada a un trozo desprendido de la armadura congelada del Rey Exánime. Su voz, vacía y aterradora, se quebró por la tensión de su odio. El sonido retumbó entre los picos de la Corona de Hielo, y se desplazó por los valles como la densa niebla que siempre ocupaba ese horrible lugar.

Se había aventurado sola hasta el antiguo centro de poder del Rey Exánime. Hasta la misma cima de la Ciudadela de la Corona de Hielo, sobre la que se alzaba un trono helado encima de una plataforma de blanco hielo. Era obvio que ese pequeño egotista que conoció de niña elegiría ese lugar para asentarse, sobre la cima del mundo. ¿Pero dónde estaba ahora? Estaba acabado. Ya no podía sentir su maldad atenazando su consciencia. Su armadura rota yacía hecha pedazos sobre el blanco pico ante su trono, rodeada de negruzcas masas de vísceras heladas, los restos de aquellos que, por fin, lo habían derrotado.

Sylvanas lamentaba no haber estado allí para verlo destruido. Recogió un guantelete destrozado que cubrió la mano que empuñara la Agonía de Escarcha. "Por fin ha muerto". ¿Pero por qué se sentía tan vacía? ¿Por qué aún se agitaba de ira? Arrojó la armadura desde el pico, y la vio desaparecer entre la turbia bruma.

No estaba sola. Nueve espíritus resplandecientes la rodeaban en la cumbre, sus caras cubiertas con máscaras fijaban su mirada en ella, sus formas efímeras se mantenían suspendidas sobre gráciles y etéreas alas. Eran las Val'kyr, antiguas doncellas guerreras, que fueron esclavas de la voluntad de Arthas. ¿Por qué seguían en aquel lugar? Sylvanas no lo sabía, ni le importaba. Se mantuvieron fuera de su camino, en un silencio absoluto, inmóviles, incluso cuando Sylvanas gritó y bramó. ¿La observaban? ¿La juzgaban? Las ignoró y avanzó por la nieve hacia el mismo asiento de poder de Arthas.

Había alguien sentado en el trono.

Al principio Sylvanas pensó que era el cadáver de Arthas, colocado de forma burlesca en ese lugar de honor y sellado en un bloque de hielo, pero la silueta no coincidía en absoluto. Se acercó al trono y pasó la mano sobre la superficie del hielo, atisbando la distorsionada forma que había en su interior. Humano, sí. Reconoció el perfil de una hombrera de placas de la Alianza. Pero el cuerpo presentaba serias quemaduras, la carne estaba abierta como si la hubieran asado. Llevaba la corona de Arthas, y en sus ojos, ese brillo de consciencia...

—Lo han reemplazado —¡Un nuevo Rey Exánime ocupaba el trono!

Sylvanas volvió a gritar, y el asombro se convirtió en una ira explosiva. Golpeó con fuerza sobre el hielo con la palma de la mano y después con el puño. El hielo se quebró. El rostro inmóvil del interior se cuarteó tras una maraña de fisuras. Sus gritos se desvanecieron, desapareciendo en la niebla que envolvía el pico.

—Lo han reemplazado. ¿Quiere esto decir que siempre habrá un Rey Exánime? Idiotas —Asumieron ingenuos que ese rey marioneta no retorcería el mundo para conseguir sus propósitos. O lo que es peor: se convertiría en el arma de un ser aún más terrible.

Fue un golpe amargo. Había confiado en aventurarse hasta allí triunfante, y no en descubrir una nueva derrota. La victoria era vana. Pero se alejó del trono, se irguió, y aceptó que el ciclo seguiría adelante. Arthas estaba muerto. ¿Qué importaba si otro cadáver ocupaba su trono vacante? Sylvanas Brisaveloz había obtenido su venganza. La visión que los había alentado a ella y a su pueblo a seguir durante años por fin se había hecho realidad. Y ni a una sola fibra de su cadáver seco y vivo le importaba hacia dónde se dirigiera el mundo de allí en adelante.

Ahora todo había acabado. En parte se sorprendió de seguir siquiera existiendo, sin la continua presencia de él, siempre tirando de lo más profundo de su mente. Se apartó del trono y se volvió lentamente para inspeccionar el mundo frío y gris que la rodeaba. Sus pensamientos volvieron a ese lugar de absoluta felicidad, el recuerdo de su breve visión de lo que le esperaba más allá. Su hogar. Había llegado la hora.

Lentamente, haciendo crujir el suelo a sus pasos, se dirigió hacia el escarpado borde de la plataforma de hielo. Trescientos metros más abajo, oculto por las nubes, se encontraba el bosque de púas de saronita destrozadas que había explorado antes. Una simple caída no podría matarla: su carne animada era casi indestructible. Pero las púas, sangre endurecida de un dios antiguo, no solo harían pedazos su cuerpo, sino que asolarían también su alma. Lo anhelaba. El regreso a la paz. La misión que había comenzado en los bosques de Lunargenta finalmente se había completado con la muerte de Arthas.

Retiró el arco de su hombro y lo lanzó a un lado. Este golpeó contra el hielo irregular. Después se quitó el carcaj. Las flechas cayeron de él en cascada, deslizándose por el borde de la Ciudadela de la Corona de Hielo, y desaparecieron una a una en la niebla. El carcaj vacío cayó sin hacer ruido al suelo, a sus pies.

Su oscura capa, hecha jirones, liberada del peso del armamento que acababa de desechar, ondeaba alrededor de su cuello mecida por el desagradable viento. No podía sentir frío, tan solo un sordo dolor. Pronto no sentiría nada. Percibía ya cómo su espíritu buscaba un lugar en el que descansar por primera vez en casi una década. Su silueta se acercó al borde del acantilado. Cerró los ojos.

Todas a una, las Val'kyr se giraron hacia ella en silencio.

GILNEAS

—Adelan... —gritó el mariscal, pero su orden se vio interrumpida por una bala de mosquete que le destrozó la mandíbula inferior. La muralla que se levantaba ante él estaba fracturada, pero aún cobijaba a los francotiradores que se ocultaban arriba, en la lluvia. El aguacero caía desde el cielo en forma de blancos mantos, que empapaban de igual modo a atacantes y defensores. El mariscal se desplomó, derribó una pila de escombros como si de un saco de leña se tratara, y fue a caer sobre el denso lodo. Sus tropas, al igual que los demolidores atascados y los carros de despojos de su artillería, no estaban haciendo ningún progreso. Sin duda a cualquier hombre corriente le habría costado la vida, pero el mariscal ya estaba muerto, por lo que se levantó rápidamente del lodo, mientras escupía sangre coagulada e icor de los restos de su cara.

Al norte, a través de una larga extensión de campo cubierta de surcos, y al otro lado de una espesa cortina de lluvia, Garrosh Grito Infernal trataba de comprender lo que estaba ocurriendo en el frente. Podía ver el contorno gris de la gran muralla gilneana, llena de enormes grietas diagonales abiertas por el Cataclismo. Si sus Kor'kron hubieran estado en el frente, las habrían atravesado a pie. Gruñó al observar que un grupo de exploradores Renegados retrocedieron pesadamente por entre el lodo, andrajosos y magullados. Incluso en la victoria, los Renegados parecían cadáveres; en la derrota, su aspecto era aún peor.

—Tus exploradores no sirven para nada. Los he mandado a hostigar a las defensas de la muralla, y vuelven a rastras como perros apaleados —Garrosh resopló, sin mirar siquiera a su acompañante. El gran orco de piel oscura estaba engalanado con su más amenazadora vestimenta de batalla; sus venosos y tatuados bíceps rebosaban por debajo de los guardahombros recubiertos de colmillos. A pesar de que se encontraba justo delante de su tienda, se negaba a guarecerse de la lluvia, que resbalaba sobre su rostro ceñudo y su ennegrecida mandíbula.

Junto al gran orco, y a resguardo bajo el toldo de la tienda, el maestro boticario Lydon parecía tremendamente frágil. Su rostro picado de viruela se estremecía bajo un revoltijo apelmazado de pelo morado grisáceo, mientras intentaba formular una respuesta que le evitara otra ronda de abuso verbal cortesía del Jefe de Guerra.

—Te aseguro que están haciendo todo lo que pueden —dijo con tono neutro y con voz ronca y tenue—. Casi seguro que las defensas gilneanas están sumidas en la confusión.

—Entonces, ¿por qué vuelven cojeando tus exploradores en lugar de presionar hacia adelante? —Garrosh le dio una patada a un barril. Tras él, sus tropas resistían bajo el aguacero: cuatro compañías de orcos y tauren de élite seleccionados uno a uno, reforzados por cinco batallones de los guerreros más duros de Orgrimmar. Se extendían sobre el Bosque de Argénteos, en un mar de rostros verdes y pardos contra el fondo rojo brillante de sus estandartes—. ¿Y dónde están los regimientos que Lordaeron prometió? Deberían penetrar en tropel por la brecha. Estamos perdiendo tiempo.

Lydon sabía que no merecía la pena discutir tácticas con el tozudo Jefe de Guerra, pero a medida que se acercaba la hora del ataque, la desesperación se apoderó de él. Se humedeció los labios grises con una lengua de un tono morado oscuro e intentó responder de forma despreocupada con la esperanza de hacerlo entrar en razón.

—Se están retrasando por la lluvia, seguramente, pero deberían estar al caer. Son... sin duda... los mejores de Lordaeron. Lo mejor de nuestra infantería y la columna vertebral de todos nuestros recursos...

Garrosh se tocó la cara con los nudillos. Dirigió la mirada hacia el terreno y, mentalmente, situó allí a la infantería y a la caballería que esperaban mientras Lydon hablaba.

—Pero no puedes mandarlos directos a la grieta central de la muralla —continuó diciendo Lydon—. Es un... cuello de botella. Bien fortificado y muy vigilado. Las tropas, con sus pesadas armaduras y a lomos de caballo, no podrían maniobrar a través de la brecha: los abatirían a golpe de mosquete desde los escombros. Seguro que entiendes...

—¡Por supuesto que lo entiendo! —respondió Garrosh—. La puerta está a medio abrir; ahora tenemos que echarla abajo. Eso es para lo que valéis los de tu especie —El Jefe de Guerra posó la mirada sobre el maestro boticario, fijó su fría mirada en la pálida luz amarillenta que desprendían las cuencas oculares de este—. Ya sois cadáveres, es casi imposible mataros. Inundáis el cuello de botella y abris paso para que el resto de la Horda pueda entrar mientras aún están frescos y rabiosos. Avanzaremos sobre un puente de cadáveres destrozados si es necesario. Así es como se asaltan las fortificaciones y como se ganan guerras.

El maestro boticario levantó dos dedos huesudos.

—Pero si pudiéramos usar tan solo un... un toque de la peste. Solo para abrir un agujero. Ni siquiera tanto como para provocar... ¡tan solo una pizca! Más para sembrar el miedo y el pánico que para causar verdadero...

El revés de la mano de Garrosh cruzó el aire, salpicando la tienda con un brillante arco de agua de lluvia, y fue a chocar con fuerza sobre la mejilla de Lydon. El maestro boticario se tambaleó como si hubiera recibido la coza de un caballo, pero valiéndose tan solo de su voluntad consiguió mantenerse erguido después del golpe.

—Ni se te ocurra sugerir siquiera utilizar un gramo de esa basura que escondes, o te reduciré a ti y a tu cloaca de ciudad a cenizas —gruñó Garrosh. Y se volvió hacia la acción.

Humillado, el maestro boticario Lydon murmuró con la mandíbula apretada de forma casi inaudible:

—Sí, Jefe de Guerra.

Pero secretamente, la ira se arremolinaba en su interior. "¿Dónde está la Dama Oscura Sylvanas?" se preguntó, elevando sus vacías cuencas oculares hacia el cielo gris. "¿Por qué no está aquí para oponerse a esta bestia?".

CORONA DE HIELO

Sylvanas se tambaleaba al borde del pico de la Corona de Hielo con los ojos cerrados. Levantó los brazos. A pesar de que el viento cortaba de frío, ella solo sentía un dolor sordo.

Notó una presencia cercana y abrió los ojos. Las Val'kyr se habían acercado a ella, lo bastante como para que pudiera ver las armas refulgentes que descansaban contra sus espectrales muslos. ¿Qué querían?

Sin previo aviso, una visión llenó su cabeza. Un recuerdo. Se vio a sí misma en un cálido dormitorio inundado por el sol. A través de la ventana se colaban los dorados rayos que iluminaban las motas de polvo en suspensión y reflejaban vistosas siluetas sobre el suelo. Era su dormitorio. Hace toda una vida. Aún no había llegado a su vigésimo otoño, pero aun así, la joven Sylvanas era ya la cazadora más prometedor de su familia. Se calzó sus botas de cuero hasta el muslo, midiendo con cuidado los cordones y atándolos de forma decorativa. Reajustó el bordado en forma de hoja, y después se bajó de la cama para admirar su reflejo en el espejo. Su rubio pelo hasta la cintura fluía como el agua, traslúcido por completo a la luz del sol. Sonrió al espejo y se atusó el cabello hasta conseguir una curva perfecta alrededor de sus largas y esbeltas orejas. No bastaba con

ser la mejor cazadora de la familia. Tenía que dejarlos a todos boquiabiertos a su paso. Su vanidad era tremenda.

Era un recuerdo extraño y olvidado que sacó a Sylvanas del acantilado. ¿Qué había provocado ese recuerdo? Esa vida se había perdido por completo hacía demasiado tiempo.

Otro recuerdo inundó sus sentidos. Ahora estaba agazapada detrás de un afloramiento de lisa piedra en el Bosque Canción Eterna. El follaje otoñal crujía sobre ella, enmascarando el sonido de los pasos de su compañero, que se apresuraba para esconderse a su lado.

—¡Hay muchos! —gruñó, y dejó de hablar al ver que ella levantaba un dedo—. Aquí solo tenemos un par de docenas de forestales —dijo en tono susurrante—. ¡No podrán sobrevivir a esto! —Sylvanas no apartó su mirada de la oscura masa de cadáveres que se acercaba al vado del río arrastrando los pies y pisoteándolo todo a su paso. Era la cúspide de la Tercera Guerra, y faltaban horas para la caída de Lunargenta a manos del ejército de Arthas.

—Solo tienen que retenerlos mientras reforzamos la defensa de La Fuente del Sol —respondió, midiendo el tono de sus palabras.

—¡Van a morir!

—Son flechas del carcaj —dijo Sylvanas—. Tendrán que entregar su vida si pretendemos ganar.

Era categórica. ¿Insensible? No, una luchadora. Tenía el corazón de una guerrera.

Entonces, de forma tan repentina como la anterior, le asaltó un tercer recuerdo.

—¡Legítimos herederos de Lordaeron! —clamó Sylvanas, sosteniendo su arco en alto. Su antebrazo, aún esbelto y musculoso, era de un color azul grisáceo. Estaba muerto. Esta escena era muy diferente. Su visión tenía el frío brillo de un recuerdo vivido después de la muerte. Ante ella esperaba una masa grotesca y agitada de cadáveres que presentaban armaduras descuidadas, cuerpos destrozados y un inimaginable hedor. De pronto sus lastimosas y desesperadas miradas le recordaron a las de los niños. Le repugnaban. Pero la movía la necesidad—. El Rey Exánime flaquea. Vuestra voluntad os pertenece. ¿Acaso habréis de ser marginados en vuestra propia tierra? ¿O tomaremos las crueles cartas que nos ha dado el destino para recuperar nuestro lugar en este mundo?

Sus preguntas fueron recibidas con balbuceos primero, pero con una ronca y casi desesperada ovación después. Los puños huesudos se alzaban hacia el cielo. Esta pobre gente: campesinos, granjeros, sacerdotes, guerreros, señores y nobles... aún no habían

asumido lo que les había pasado. Pero era electrizante que alguien, cualquiera, les asegurara que tenían un lugar en alguna parte.

—Nos han abandonado. Estamos... desamparados. Pero mañana, cuando amanezca, la capital será nuestra —dictaminó y entonces todos rugieron.

—¿Y qué pasa con los humanos? —preguntó un joven alquimista cuando el estruendo se desvaneció. Sylvanas lo reconoció de la batalla de la noche anterior. En las cuencas de sus ojos brillaba una fría inteligencia, Lydon era su nombre. Él había comprendido ya su situación, y se refería a los humanos como si fueran una raza diferente. Sylvanas decidió hacer buen uso de él.

—Los humanos servirán a su propósito —respondió ella, y su mente ya estaba inmersa en cálculos—. Creen que ellos están liberando la ciudad. Dejad que luchen por nosotros y sacrifiquen sus vidas en nuestro beneficio. Ellos son —recuperó una analogía que ya había usado antes— las flechas de nuestro carcaj.

La tumultuosa masa de no-muertos aplaudía, tosía y expectoraba de alegría mientras asentía. Sylvanas observó a la muchedumbre con frialdad. "Y vosotros también lo sois", pensó para sí. Flechas que apuntaré al corazón de Arthas.

¿Mantén su corazón de guerrera? ¿Se había vuelto fría? No, era la misma. Igual en la muerte que en vida.

Sylvanas sacudió la cabeza para disipar la visión. Estos eran sus recuerdos, pero no era ella quien los estaba recordando. Los estaban extrayendo de su interior. Los sacaban las Val'kyr. Los espíritus mudos permanecían suspendidos a su alrededor, observándola en silencio. "Me están explorando", comprendió Sylvanas. "¡Me juzgan!".

Llenó los pulmones de aire frío y sus ojos se llenaron de vida de repente.

—¡No permitiré que me juzguen! —gritó, volviéndose desde el acantilado para enfrentarse a sus acusadoras—. Ni vosotras, ni *nadie* —La furia hervía en su interior. ¿Funcionaría su Lamento de alma en pena contra estas... cosas?

Pero no le hizo falta luchar. Ya había acabado.

—Alejaos —ordenó—. ¡Y salid de mi cabeza!

Sylvanas dio un paso atrás, el viento azotaba su cabello y hacía batir su capa raída. Los recuerdos de lo que fue tiempo atrás y en qué se había convertido le provocaron un nudo en el estómago, y ahora se disponía a desatarlo. Ya no volvería a ser la vengativa líder de una raza mestiza de cadáveres descompuestos. Su trabajo estaba hecho y la recompensa que durante tanto tiempo le habían negado la esperaba. En su anhelo por sentir esa felicidad absoluta olvidada, se dejó caer de espaldas desde lo alto de la

Ciudadela de la Corona de Hielo. El viento corría veloz a su lado, se oyó un lamento cada vez más alto. La cumbre, y las silenciosas Val'kyr de la cima, desaparecieron...

Su cuerpo golpeó con fuerza contra las piedras de saronita destrozándose de forma irrevocable.

GILNEAS

Como en un sueño, el corazón del ejército de no-muertos de Lordaeron avanzaba con gran estruendo. Los gritos de mando enmudecían de manera extraña. La caballería pesada entraba en tropel por la brecha, de algún modo, los cascos esqueléticos de las monturas encontraban dónde pisar entre los despedazados restos del muro. Los Renegados forcejeaban por abrirse paso por un hueco que en algunos tramos no superaba la anchura de cuatro individuos.

Entonces la artillería de los defensores abrió fuego con un apagado y reverberante crujido. Allí donde caían los proyectiles, hombres y caballos saltaban por los aires convirtiéndose en polvo y vísceras. El fuego manaba de los mosquetes con el resonar de tambores lejanos: las filas iban cayendo una a una. Pero estos veteranos habían sobrevivido a los horrores de la Corona de Hielo. Consiguieron abrirse paso, sin descanso, para atacar a los defensores que esperaban al otro lado. Llegó la segunda oleada lanzando rezones a lo alto del muro, desde donde brotaba el aceite. De repente, el frente estalló en llamas. La pólvora los seguía alcanzando, pero los Renegados continuaban su arremetida.

Algunos llegaban a lo alto de la muralla, tan solo para acabar despedazados. Los defensores no eran humanos. Esas rabiosas criaturas lupinas que solían merodear por los alrededores del Bosque de Argénteos habían conseguido organizarse en una fuerza de combate. Allí donde las armas y las espadas fracasaban, dientes y garras destrozaban al ejército no-muerto.

Los Renegados se alzaron de nuevo, las armas estaban salpicadas de sangre y cubiertas de agua de lluvia. Las siluetas de los combatientes aparecían grises en la bruma, sus gritos, de algún modo, eran ecos mudos de su destrucción. Ahora incluso los defensores flaqueaban. Después de haber matado a tantos, ¿podía quedar algo todavía?

La primera oleada de orcos cogió a los gilneanos por sorpresa. Las fuerzas de la Horda se abalanzaron hacia delante sobre una alfombra de cadáveres, la sed de victoria ardía en sus ojos y en sus gargantas. De pronto, todo era silencio. Y después no había nada.

En su lugar se alzaba El Baluarte, la fortificación a medio terminar que marcaba la frontera entre Lordaeron y lo que se había llegado a conocer como las Tierras de la Peste. El maestro boticario Lydon estaba allí, había perdido el brazo izquierdo y un enorme corte le cruzaba la cara. Se dirigió con urgencia a su pueblo, pero el silencio

reinaba en el ambiente. Estaba planeando una defensa de última hora en El Baluarte, aunque tenía poco con lo que contar. El corazón del ejército Renegado había sido sacrificado en Gilneas.

Los pocos que quedaban se enfrentarían a un ejército organizado de humanos y enanos que se dirigía hacia el oeste, y que acababa de obtener una victoria en Andorhal. El ejército vapuleado que quedaba en El Baluarte tenía pocas esperanzas de salir victorioso. El resto de la Horda se encontraba en paradero desconocido.

"Esto no es real", comprendió Sylvanas al percibir de pronto su propia consciencia, que observaba estos sucesos espectrales mientras se desarrollaban. Estaba muerta: podía sentirlo, pero su espíritu estaba retenido en el limbo. "¿Qué es esto?"

Lo último que recordaba era la caída que la había llevado a la muerte. Estas visiones eran como recuerdos de sucesos que no habían ocurrido aún. ¿De dónde venían? ¿Dónde se encontraba ahora?

De repente, la capital estaba asediada. El rey Wrynn se encontraba más allá de los restos ardientes de la torre del zepelín, dibujando diagramas de Entrañas para sus generales. Ya había atacado la ciudad antes, confiaba en la victoria.

Dentro de las murallas de la ciudad, las hogueras ardían furiosas. La ira de Sylvanas crecía; la Alianza ya estaba quemando los cadáveres. No. Espera. Intentó comprender la borrosa visión. "Los pocos Renegados que quedan están lanzándose a las hogueras", comprendió, lo prefieren a enfrentarse a sus ejecutores.

—¡Esto no es real! —dijo Sylvanas. Su voz retumbaba en su cabeza y sonaba como cuando estaba viva. ¿Realmente era tan débil su pueblo?—. No, ¡no! —Garrosh había masacrado a sus mejores tropas en sus inútiles campañas personales. Se había perdido el liderazgo de los Renegados. Eso era lo que mostraban estas visiones.

La bruma se apelmazó por completo y el futuro se volvió borroso. Sylvanas ya no sentía su propio cuerpo. Estaba flotando en algún tipo de limbo. Se dio cuenta de que se podía ver a sí misma y levantó las manos en silencioso asombro. Su piel volvía a ser rosada, firme y luminosa como lo era en vida. Pero no estaba sola.

Ahogó un grito al ver que estaba rodeada. Nueve guerreras formaban un círculo en torno a ella, y su belleza eclipsaba la suya propia. Las Val'kyr mostraban la apariencia que tenían en vida. Algunas tenían el cabello oscuro como el azabache que caía enmarcando su tez morena y ojos azules como zafiros. Otras tenían rubias melenas del pálido y brillante color del sol reflejado sobre la nieve. Sus rostros eran suaves, pero sus facciones marcadas. Sus brazos eran tersos y musculosos; sus muslos, gruesos y fuertes. Cada una de ellas sostenía un arma diferente: una lanza, una alabarda, un gran

mandoble que se alzaba hasta la altura de la barbilla, dentro de una resplandeciente envoltura de acero pulido. Cada una de ellas era la mejor guerrera de su generación.

"Todas ellas son como yo", observó Sylvanas. "Vanidosas, victoriosas, y orgullosas".

—Sí, lo fuimos —dijo la rubia Val'kyr que iba armada con el mandoble, respondiendo a Sylvanas como si hubiera hablado en voz alta. Su voz era rica y plena—. Soy Annhylde la Invocadora. Estas son mis hermanas doncellas de batalla, y somos las únicas nueve que quedamos. En vida servimos a los guerreros del norte, y decidimos seguir con nuestro servicio en la muerte.

—Para servir al Rey Exánime.

La visión de Annhylde se mostró irritada.

—¿Acaso *tú* decidiste servir al Rey Exánime? —preguntó.

—¿Qué es esto? ¿Qué son estas visiones? —Sylvanas exigía una respuesta.

—Visiones del futuro —explicó Annhylde—. Toda vida deja una estela al morir. Esta es la tuya.

—No hace falta una bola de cristal para saber que Grito Infernal sacrificará los recursos de la Horda, destruyéndolos para satisfacer su sed de conquista —Sylvanas sintió una ira antigua que brotaba de nuevo, pero no podía sentir la respuesta de su cuerpo. No podía sentir nada—. ¿Adónde me habéis traído? Debería estar muerta.

—Lo estás —afirmó otra Val'kyr de cabellos de color carbón.

—Ya he probado antes a qué sabe el olvido —protestó Sylvanas—. Me tenéis retenida en el limbo. ¿Por qué?

Annhylde esperó paciente, y con voz calmada y comedida respondió:

—Para mostrarte las consecuencias de tu muerte, y para ofrecerte la posibilidad de elegir...

—Ya he tomado una decisión —interrumpió Sylvanas.

—¡Tu pueblo morirá! —dijo la Val'kyr de cabello oscuro. Sin duda había sido la más joven de las doncellas de batalla en vida y ahora era la más impaciente de las no-muertas.

Sylvanas pensó en su pueblo. Habían avanzado mucho desde sus diezmados orígenes, aquella anhelante y confusa multitud de cadáveres frescos se apiñaba alrededor de las ruinas de la derruida capital de Lordaeron. Ahora los Renegados eran una auténtica nación: una fétida y espantosa masa de armazones inertes cubiertos de sangre, hábiles en el combate, devastadores con las artes arcanas y libres de los grilletes de la moralidad. Pulidos hasta convertirse en la mejor arma. *Su* arma. Y habían asestado el golpe mortal para el que ella los había creado. No le importaba cuál fuera su destino.

—¡Déjalos que mueran! —gritó Sylvanas—. ¡Ya no los necesito!

Annhylde levantó una mano para silenciar a sus hermanas de armas más jóvenes.

—Calma, Agatha. Ella no lo sabe. Necesita ver más.—La líder de las Val'kyr dirigió sus luminosos ojos verdes hacia Sylvanas, y en su expresión se leía la tristeza—. Sylvanas Brisaveloz, el olvido que buscas es tuyo. No te detendremos.

Los ojos de Annhylde se cerraron, y en ese momento las figuras se desvanecieron para recuperar sus formas espectrales.

Entonces Sylvanas sintió que la estaban sacando de allí, sus sentidos estaban aturridos. Todo desapareció y el tiempo se detuvo.

—¡Está perdida! —gimió Agatha.

GILNEAS

La lluvia seguía, incesante, convirtiendo el suelo ante la muralla gilneana en una ciénaga. Mientras Garrosh inspeccionaba las filas de los Renegados, las patas de su gran lobo de guerra se hundían en la mugre. El agua de lluvia le resbalaba por la cara y se evaporaba de la parte alta de su cabeza, afeitada hace días.

—Los gilneanos se esconden asustados detrás de sus altas murallas de piedra —gritó el Jefe de Guerra, y su profunda voz retumbaba por encima del estruendo de la lluvia y los truenos—. Vosotros, ciudadanos de Lordaeron, conocéis su historia. Cuando sus aliados humanos los necesitaban, ¿qué hicieron? Construyeron un muro y se ocultaron tras él.

Las espadas chocaban contra los escudos. No todos los Renegados se mantenían aferrados a sus recuerdos de vida, pero los que los conservaban, no sentían ningún cariño por el reino que había dado la espalda al mundo en sus horas más desesperadas.

Garrosh continuó, con la cabeza alta mientras sus palabras llenaban el aire.

—Viven en la deshonra. ¿Cómo creéis que lucharán? ¿Con honor? —Estalló una risa gutural—. No, sufrirán la muerte de los cobardes y serán recordados como tales. Pero

vuestra gloria de hoy pervivirá en la historia y en los cánticos —Garrosh Grito Infernal volvió el rostro hacia la quebrada muralla de Gilneas, desenvainando la legendaria hacha Aullavisceras que descansaba sobre su espalda y apuntando su filo mellado hacia los parapetos destruidos—. ¡Las murallas caen, pero el honor es eterno!

El maestro boticario Lydon se pasó unos dedos huesudos por entre la maraña de pelo. El bramido de orcos, tauren y Renegados superaba el del trueno.

—¿Cómo lo consigue? —se preguntó Lydon—. ¡Mis hermanos Renegados aclaman su propia destrucción!

Lydon buscó con desesperación las palabras adecuadas, una última llamada a la cordura y en contra del plan de Garrosh. Intentó imaginarse lo que diría la Dama Oscura a Garrosh, cómo le haría contener su sed de sangre. Su mandíbula se abrió, pero no surgió ni una sola palabra de ella.

Un estruendo distante brotó por detrás de la vanguardia de los Renegados.

Garrosh espoleó a su lobo de guerra para dirigirlo hacia el flanco del ejército, dejando libre el camino para un ataque.

—¡Héroes de los Renegados! Sois la punta de mi lanza. Alzad los brazos, alzad vuestras voces y no os detengáis hasta que el estandarte de la Horda ondee en lo alto de esos muros —Aullavisceras descendió—. ¡A la cargaaaaaaa!

—¡IGNORAD ESA ORDEN! —gritó una voz desde el norte. El alarido de la Reina alma en pena portaba una potencia y una pureza tan aterradoras que hasta la propia lluvia pareció dejar de caer al oírlo. Un relámpago partió el cielo en dos, y los truenos crujieron como la piedra bajo el martillo. Todas las cabezas se giraron hacia ella, la Dama Oscura montaba a horcajadas sobre su esquelética montura, su negra capa ondeaba con la furia de su ímpetu y sus ojos estaban enmarcados por una caperuza lamida por la lluvia. Cuando los Renegados la vieron, bajaron sus armas hacia el lodo, inclinaron la cabeza y se arrodillaron.

El maestro boticario Lydon no se hincó de rodillas, aunque le flaqueaban las piernas ante la visión de la salvadora de los Renegados. Se adelantó con paso indeciso arrastrando su larga toga con torpeza por el lodo y alargó el brazo para asir las riendas del corcel de su señora cuando este se detuvo.

—Dama Oscura —susurró, el alivio lo había dejado sin aliento.

Entonces, parpadeó asombrado: a ambos lados, Lady Sylvanas estaba flanqueada por las abominables Val'kyr, y sus resplandecientes cuerpos estaban suspendidos en el aire, sustentados por traslúcidas alas.

Garrosh se acercó a ella por el irregular camino, el ejército de Renegados, silenciosos y arrodillados, se extendía a su alrededor como miles de estatuas mudas. La sed de sangre brillaba en sus ojos. Lydon no pudo evitar retroceder.

Pero Sylvanas no pestañeó, ni se quitó la caperuza en señal de respeto. Alzó la barbilla con un gesto sutil. Pronunció sus palabras, dirigidas a Garrosh, pero lo bastante altas como para que todos pudieran oírlas.

—Grito Infernal. Gilneas caerá. Y la Horda recibirá su premio —afirmó—. Pero si quieres usar a mi pueblo, tendremos que hacerlo a *mi* manera —Retiró la capa de uno de sus hombros, revelando su veteada piel gris y las placas de cuero adornadas de plumas de su decorada armadura negra—. Mis tres barcos más rápidos ya están en camino hacia la costa sur para desviar la atención de la capital gilneana. Y en estos momentos, estoy reuniendo refuerzos en Camposanto.

El boticario Lydon ladeó la cabeza ante tan críptica afirmación. Por lo que él recordaba, en Camposanto no quedaba nada más que un cementerio.

Pero lo más importante era que algo en la soberana presencia de Garrosh había cambiado. La voz de la dama, siempre aterradora, ahora tenía un toque decisivo, como si hablara con la determinación de los dioses. ¿Y qué pretendían esas Val'kyr que se mantenían suspendidas y silenciosas a su lado?

—Mi señora —susurró Lydon—. ¿Dónde has estado?

Ella bajó la vista hacia su súbdito. El boticario Lydon retrocedió y sus temblorosas manos dejaron caer las riendas del corcel.

LA OSCURIDAD

Lady Sylvanas Brisaveloz se vio sumida en una caída libre. No en el sentido físico; su cuerpo se había hecho pedazos al pie de la Ciudadela de la Corona de Hielo. Era su espíritu el que caía, perdido, como un barco sin timón en la tormenta.

¿Cómo había llegado hasta allí? No conseguía recordarlo. ¿La había matado Arthas? ¿Se había suicidado? ¿La habían enviado las Val'kyr para ser juzgada? Allí el tiempo no significaba nada. Su vida no parecía una serie de sucesos, sino un único instante, un minúsculo fogonazo de consciencia en un vacío infinito.

Solo percibía oscuridad.

Y después sintió, *sintió* de verdad, por primera vez en mucho tiempo. Retrocedió asustada. *Agonizante*.

Estaba allí, sentía que su espíritu estaba completo de nuevo, y solo sentía sufrimiento. Podía sentir de nuevo, pero solo sentía un abyecto dolor. Frío. Desesperanza.

Miedo.

Había otros en la oscuridad. Criaturas que no reconocía, porque nada tan terrible podría existir en el mundo de los vivos. Sus garras la arañaban, pero no tenía boca con la que gritar. Sus ojos se fijaban en ella, pero no podía devolverles la mirada.

Arrepentimiento.

Sintió una presencia familiar. La reconoció. La voz burlona que un tiempo la retuvo prisionera. ¿Arthas? ¿Arthas Menethil? ¿Aquí? Su esencia se apresuró hacia ella, desesperada, y después retrocedió horrorizada al reconocerla. El niño que llegaría a ser Rey Exánime. Tan solo un pequeño niño rubio asustado, recogiendo las consecuencias de una vida de errores. Si a Sylvanas le hubiera quedado un solo pedazo del alma que no estuviera destrozado o atormentado, habría llegado incluso a sentir, por primera vez, un mínimo resquicio de lástima por él.

En el vasto paisaje que contenía todo el sufrimiento del mundo y toda la maldad infinita, el Rey Exánime era... insignificante.

Ahora los demás la tenían atrapada. La habían rodeado. Alegres, la atormentaban, arañaban su consciencia, se regocijaban ante su sufrimiento.

Horror.

Así sería su eternidad: un vacío sin fin, el oscuro y desconocido reino de la angustia.

¿Pasó un instante o una vida antes de que un solo rayo de luz se abriera camino en la oscuridad? Vinieron hacia ella, con los brazos extendidos. Las nueve Val'kyr, cuya belleza le resultaba increíble tras permanecer en aquella oscuridad, envolvieron a Sylvanas con un único halo de luz.

Se sintió pequeña y desnuda. Se encogió. Cuando encontró su voz de nuevo, solo podía sollozar. Sylvanas Brisaveloz estaba derrotada. Pero aún así, las Val'kyr no la juzgaron.

—Lady Sylvanas —dijo Annhylde, con voz tranquilizadora. Tocó la mejilla de la elfa forestal—. Te necesitamos.

—¿Qué..., qué queréis?

—Estamos sometidas a la voluntad del durmiente Rey Exánime. Prisioneras en la cima de la Corona de Hielo, puede que por toda la eternidad. Anhelamos nuestra libertad, como tú hace tiempo anhelaste la tuya —Annhylde se arrodilló junto a Sylvanas y las demás se reunieron alrededor de ambas con los brazos enlazados—. Necesitamos un ser receptor. Alguien como nosotras. Una hermana de la guerra. Fuerte. Que entienda la vida y la muerte. Que haya visto la luz y la oscuridad. Alguien digna de manejar un poder sobre la vida y la muerte.

—Te necesitamos —repitió Agatha, mientras su negro cabello flotaba libre en la luz.

—Mis hermanas quedarán libres, libres del Rey Exánime para siempre, pero sus almas estarán unidas a la tuya —añadió Annhylde—. Sylvanas Brisaveloz, Dama Oscura, reina de los Renegados... podrías caminar de nuevo entre los vivos gracias a la hermandad de las Val'kyr. Mientras ellas vivan, tú también lo harás. Libertad, vida... y poder sobre la muerte. Este es nuestro pacto. ¿Aceptas nuestro obsequio?

Sylvanas respondió, pero no de forma inmediata. El acechante olvido la llenaba de terror. Incluso ahora, sentía la ira fluir a su alrededor como una tormenta. Esta era su única salida. Pero no quería aceptar debido al miedo. Esperó hasta que sintió algo más. Una camaradería. Una hermandad. *Hermanas*. Separadas estaban condenadas. Pero juntas, serían libres... y con ellas, podría posponer su destino.

—Sí —dijo ella—. Tenéis mi palabra.

Annhylde asintió con seriedad, después se levantó, sus facciones eran turbias y fantasmales.

—El pacto está sellado, Sylvanas Brisaveloz —dijo—. Mis hermanas son tuyas, y tú ejerces dominio sobre la vida y la muerte —Tras una larga pausa añadió—: Yo ocuparé tu lugar.

La luz era cegadora.

Entonces, Sylvanas despertó, su cuerpo estaba retorcido pero entero, la enorme columna de la Ciudadela de la Corona de Hielo se cernía sobre ella como una lápida.

Annhylde se había ido. Sylvanas estaba rodeada por las otras ocho Val'kyr.

Mientras ellas vivieran, ella también lo haría.

GILNEAS

—¿Quién eres *tú* para revocar mis órdenes? —preguntó Garrosh con aspereza, y azuzó a su lobo de guerra para que avanzara. El enorme orco impuso su gran envergadura ante ella, se acercó por un costado y le dirigió una mirada fulminante.

Sylvanas no se movió ni se asustó.

—Hubo un tiempo en que fui igual que tú, Garrosh —respondió ella, con voz calmada y firme, adecuando el volumen para que solo el Jefe de Guerra pudiera oírla—. Aquellos que me servían no eran más que herramientas. Flechas en mi carcaj —Levantó la mano y se retiró la caperuza despacio, después, dirigió su oscura mirada hacia él. Sus ojos estaban vivos, en sus descomunales pupilas negro azabache bullía la ira, y ascuas al rojo vivo brillaban en lo más profundo.

En ese momento, nadie se atrevió a mirar a Sylvanas Brisaveloz a los ojos. Nadie excepto Garrosh Grito Infernal.

Lo que vio fue un gran vacío negro, una oscuridad infinita. Había miedo en esos ojos, pero también algo más. Algo que aterrorizaba incluso al gran Jefe de Guerra. Su lobo empezó a alejarse poco a poco, de forma instintiva.

—Garrosh Grito Infernal. He caminado por los reinos de los muertos. He visto la infinita oscuridad. Nada de lo que digas. O hagas. Podrá asustarme lo más mínimo.

El ejército de no muertos que rodeaba y protegía a la Dama Oscura aún le pertenecía en cuerpo y alma. Pero ya no eran flechas en su carcaj, ya no. Eran un baluarte contra lo infinito. Debía usarlos con sabiduría, y ningún orco ignorante los sacrificaría mientras ella caminara en el mundo de los vivos.

El Jefe de Guerra envainó su hacha sobre su espalda, su montura se alejaba con sigilo de la de ella. Después de un largo rato, por fin, retiró la mirada de esos ojos.

—Muy bien, Dama Oscura —admitió lo bastante alto como para que todos lo oyeran—. Tomaremos Gilneas... a *tu* manera.

Espoleó a su montura para que avanzara y se dirigió sin prisa hacia sus propias tropas. "Pero te estaré vigilando", se dijo a sí mismo.

"Los ojos de Grito Infernal te vigilan más que los de cualquier otro".